



El regreso
de Reginald Perrin



David Nobbs

Traducción del inglés a cargo de
Julia Osuna Aguilar

Postfácio a cargo de
Kiko Amat



IMPEDIMENTA



Título original: *The Return of Reginald Perrin*

Primera edición en Impedimenta: septiembre de 2013

Copyright © David Nobbs, 1977

Copyright de la traducción © Julia Osuna Aguilar, 2013

Copyright del postfacio © Kiko Amat, 2013

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2013

Benito Gutiérrez, 8. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

ISBN: 978-84-15578-80-2

Depósito Legal: M-23954-2013

IBIC: FA

Impresión: Kadmos

Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Mary

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO 1

—Tú eres feliz, ¿verdad, Martin? —preguntó Elizabeth.

—Como no puedes ni imaginarte —contestó Reggie.

Era una mañana de lunes de marzo y el cielo lloraba con contención sobre la Urbanización de los Poetas.

Elizabeth leía el periódico mientras Reggie, en un bonito detalle para con los nuevos lectores de sus aventuras, meditaba sobre los insólitos acontecimientos que le habían llevado a aquel predicamento: desaparecer cuando la vida en Postres Lucisol se le había hecho insoportable, abandonar sus ropas en una playa de Dorset en un remedo de suicidio y vagar en multitud de disfraces para finalmente regresar a su propio funeral fingiendo ser un viejo amigo llamado Martin Wellbourne, casarse bajo esa identidad con su amada esposa Elizabeth y volver a Postres Lucisol para dirigir la «Fundación Reginald Perrin».

—Maletín —le dijo Elizabeth tendiéndole el maletín de cuero negro, con sus iniciales grabadas en dorado: «M. S. W.». Ojalá todavía pusiese «R. I. P.»...

—Gracias, amorcito —contestó, porque Reggie habría dicho: «Gracias, cariño».

—Paraguas —le dijo Elizabeth tendiéndole un objeto que justificaba sobradamente el uso de aquella palabra en concreto.

—Gracias, amorcito.

No se puso bien la corbata en el espejo porque eso era lo que habría hecho cuando era Reggie.

Ya en Coleridge Close, asomó de un agujero un técnico de la compañía telefónica.

—¡Odio a Martin Wellbourne! —proclamó Reggie de buenas a primeras.

El hombre, del susto, se agazapó de nuevo en su agujero.

Llegó al final de Coleridge Close, dobló primero a la derecha por Tennyson Avenue y luego a la izquierda por Wordsworth Drive, y atajó por el pasaje arbolado que desembocaba en la calle de la estación. Las piernas parecían resentirse de las zancadas y del paso premeditado de sus andares de Martin Wellbourne; era como si le dijeran: «Déjalo ya, Reggie. ¿Cuánto más piensas seguir con esta pantomima?».

¡Eso, ¿cuánto?!

Se detuvo en su puesto habitual en el andén, junto al cubo de arena de los bomberos, porque cuando era Reggie se apostaba delante de la puerta con el cartel de «Teléfono de Emergencia».

El tren de las 8.16 apareció con nueve minutos de retraso.

No rellenó el crucigrama durante el trayecto porque eso era lo que habría hecho Reggie.

Entró en el cubo sin personalidad que albergaba Postres Lucisol. El reloj, que había estado parado en las cuatro menos catorce desde el año 1967, había conocido recientemente una reparación: ahora estaba parado en las nueve y veintisiete.

Le dedicó una sonrisa a la recepcionista de las uñas encarnadas, lanzó una mueca al cartel nuevo, que se jactaba de pro-

clamar «Postres Lucisol: una Gran Familia Feliz», y subió a pie los tres tramos de escaleras porque no funcionaba el ascensor.

Entró en su insulso despachito forrado de archivadores verdes y le dedicó una sonrisa a Joan, su secretaria, pero no lanzó el paraguas al perchero porque eso era lo que habría hecho Reggie.

—Buenos días, señor Wellbourne —le saludó Joan, cuyo marido había fallecido hacía justo ese día seis meses.

—Diecisiete minutos de retraso —le informó—: un bogie defectuoso a la altura de Earlsfield.

En la mesa había una montaña de cuestionarios en los que la plantilla había expresado sus opiniones sobre la vida en Postres Lucisol.

—La hora del dictado, señora Greengross —dijo, porque Reggie habría dicho: «Te dicto una carta, Joan».

No bien la secretaria se sentó y cruzó sus largas y espigadas piernas, a Reggie le recorrió un escalofrío de excitación.

Se apresuró a apartar la vista: aquel alarde de insensatez era propio exclusivamente de Reggie Perrin.

Echó, sin embargo, otra ojeadita rápida y notó que por la espalda le corría un nuevo escalofrío de excitación. Por un momento las miradas de ambos se cruzaron.

—A la atención del director del Colegio de Psicología Industrial —dijo Reggie—, Casa de Iniciativas de Helions Bumpstead. Afectísimo señor: gracias por su amable misiva en relación con la Fundación Reginald Perrin. El propósito de nuestras piernas es que nuestros empleados sean más felices...

—¿Piernas, señor Wellbourne?

Reggie había roto a sudar.

—Perdón, perdón... El propósito de *nuestra fundación* es que nuestros empleados sean más felices y, en consecuencia, más eficientes cada día. Ambas partes nos reunimos periódicamente

camente para debatir la política de la empresa, y de hecho yo mismo mantengo en persona una charla mensual con cada trabajador; organizamos excursiones, asociaciones y conciertos vespertinos en nuestro nuevo centro social, El Bollo en el Horno, y...

Alguien llamó a la puerta.

—Pase.

Volvieron a llamar.

—¡Que pase!

Entró David Harris-Jones. Venía para su charla mensual.

—Perdón, no estaba seguro de si había dicho que pasase o no. Por eso he pensado que mejor que no... Y luego, si en realidad lo había dicho, pensé que ya me lo repetiría, y que siempre tendría tiempo de entrar.

—Siéntate, David.

El joven se acomodó en la silla que había calentado Joan. Reggie le envidió profundamente.

—Le traeré un café —se ofreció Joan.

—¡Ideal! —repuso David.

Cuando se quedaron a solas, Reggie adoptó un tono de voz impregnado de paternalismo; es como si él fuera el presidente Roosevelt, y David Harris-Jones fuese Estados Unidos en plena Depresión.

—Bueno, bueno, David... Me alegra verte por aquí. ¿Cómo van las cosas en el fascinante planeta de los helados?

—¡Ideal! Estoy disfrutando de lo lindo con el nuevo sabor de la gama, el Torbellino de Avellana.

—Bien, bien, qué gran noticia. Por cierto, he visto que te has apuntado a los Cantores de Lucisol...

—Sí, y me siento cada vez más... Bueno, tal vez no me corresponda a mí decirlo..., a lo mejor no es cierto.

—¿Cada vez más qué?

—Más seguro de mí mismo. Me siento como mucho más... ¿cómo decirlo? ¿Qué palabra utilizaría?

—¡Resuelto!

—Sí.

—¿Y qué tal llevas la redecoración del despacho? —le preguntó Reggie mirando de reojo los paisajes litorales de Skegness y Fleetwood que le había regalado el Comité de Mejora del Ambiente Oficinesco para animar su cenizo cubil—. ¿Tienes ya la *sarna*?

—¿La *sarna*?

—Sí, ya sabes, la *Síntesis de Asistencia para la Reforma de Negociados Acromáticos*.

—Ah, sí... Pero aún estoy algo indeciso: no sé si quedarme con el rojo de iniciativa, el verde de concentración o el azul de lealtad. ¿Qué cree que me hace más falta: iniciativa, concentración o lealtad?

Volvieron a llamar a la puerta.

—Ah, el café.

Pero no era el café: era Tony Webster, el jefe del departamento donde trabajaba Reggie. Entró en el despacho con paso decidido sin llegar a ser arrogante.

—Buenas, Martin. Buenas, David. ¿Cómo va eso?

—Ahí vamos, tirando —contestó Reggie.

—¡Ideal! —contestó David.

—¡Genial! No os entretendré mucho. —Se le cayó un poco de ceniza del puro grande sin llegar a ser ostentoso que estaba fumándose sobre la solapa ancha sin llegar a ser exagerada de su traje moderno sin llegar a ser frívolo—. ¿Qué? ¿Tenemos más contenta a la mano de obra? —preguntó—. ¿Están sirviendo de algo los cuestionarios?

—Eso quiero creer —respondió Reggie.

—¡Genial!

—¡Ideal!

—Hay una cosilla que me preocupa, no obstante —prosiguió Tony—: la productividad ha caído en un uno coma dos por ciento.

—Vaya —se limitó a decir Reggie.

—¿Se te ocurre por qué puede ser?

—¿Porque la gente está demasiado ocupada rellenando cuestionarios, preguntándose de qué color pintar su despacho, yendo a charlas mensuales y conociendo «la otra cara de la industria»? —propuso Reggie.

—¡Ideal! —dijo David.

Tony le lanzó a este último una mirada destemplada.

—Perdón... —dijo David.

—Otra cosilla: el absentismo y las bajas por enfermedad han subido en un tres coma uno por ciento.

—Vaya.

—Habrá que informar a C. J.

—Claro.

—El secreto de una buena gestión es la capacidad para delegar —recitó Tony—. Se lo dirás tú, Martin.

Pero Reggie no pudo ir a decirle a C. J. que el absentismo y las bajas por enfermedad habían aumentado porque el propio C. J. se encontraba de baja por enfermedad. En su lugar, pasó el día introduciendo en el ordenador las respuestas al cuestionario que había dado la plantilla: encontró que los resultados eran desazonadores.

Cuando Reggie llegó a casa, encontró a Elizabeth en una de las mullidas poltronas blancas, de espaldas a la cristalera del jardín, hablando por teléfono con su hija Linda. La moqueta era gris perla y el papel pintado tenía un ligero tono amarillo

verdoso. En las paredes colgaban cuadros de paisajes del Algarve pintados por el señor Snurd, el dentista de la familia. Reggie nunca se había atrevido a rechazárselos por miedo a que dejara de ponerle inyecciones.

—Mira, ya está aquí Reggie —le comentó a su hija al oír la puerta de la calle.

—¿Piensas decirle alguna vez que sabes que es él? —le preguntó Linda.

—No lo sé, la verdad es que no lo sé...

Reggie entró en el salón con cara de cansancio y Elizabeth aprovechó para despedirse:

—Tengo que dejarte, querida. Ha llegado Martin. —Colgó—. Martin, querido, ¿has tenido un buen día en la oficina?

—Maravilloso —dijo Reggie, porque, de haber sido Reggie, habría dicho: «No».

Fue directo a servir dos *dry martinis*. No le gustaba nada aquel mejunje, pero, como a Martin Wellbourne le encantaba, se lo bebía.

—¿Seguro que eres feliz? —le preguntó Elizabeth.

—Más feliz que una perdiz —contestó Reggie apoltronándose en el Parker Knoll marrón.

En el espacioso jardín, los árboles estaban tan pelados que tenían un aire de lo más puritano. En la cocina se cocía en su jugo una caldereta de cordero y un avión que descendía en picado hacia Heathrow ahogó la conversación. No lo sabían, pero transportaba una excursión del Colegio de Abogados de Islandia, deseosos de renovar su fondo de armario en el C&A por un módico precio.

—¿Qué has dicho? —preguntó Elizabeth.

—¡Que digo que ya estamos otra vez en la ruta de vuelo!

Elizabeth sirvió la cena y Reggie hizo lo que pudo por tragarse su plato de caldereta de cordero.

—A Reggie no le gustaba nada la caldereta de cordero —le dijo Elizabeth.

—¿Ah, no?

—No. Ni tampoco el *dry martini*.

—¿Ah, no? Bueno, pero es que yo no soy Reggie, ¿verdad?

—No, no lo eres, ¿verdad?

—¿Seguro, seguro que eres feliz, Martin? —le preguntó Elizabeth ya en la cama, mientras escuchaban de fondo el estrepitoso regreso de los Milford de su copita en el club de golf.

—Por supuesto que sí. Más feliz que un colibrí.

Hicieron el amor pero él no lo disfrutó: estaba demasiado ocupado asegurándose de no hacerlo como Reggie Perrin.